

La marginación de los pueblos originarios en la construcción
de la sociedad mexicana

The Marginalization of Indigenous Population in the Construction
of Mexican Society

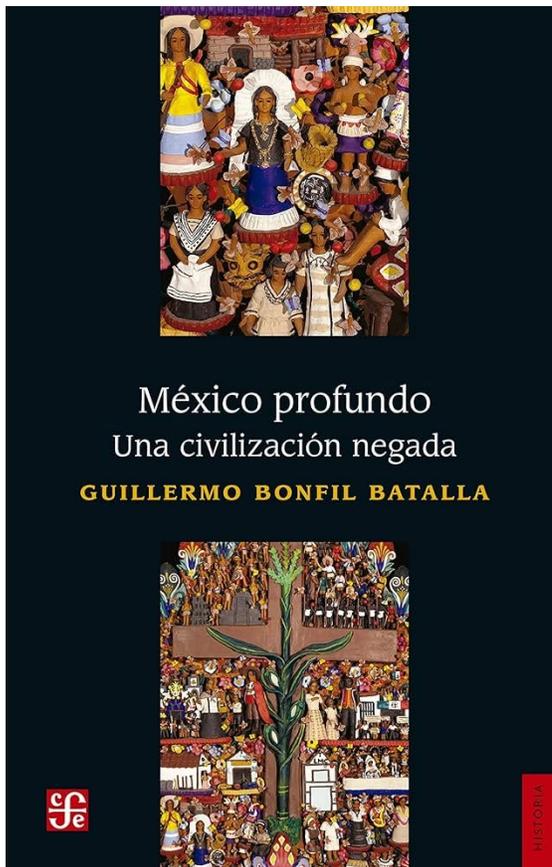
DOI: 10.5281/ZENODO.14713097

Fecha de recepción: 12 de agosto de 2024

Fecha de aprobación: 3 de octubre de 2024

Cristian Alberto López Rodríguez

[HTTPS://ORCID.ORG/0009-0000-7526-3866](https://orcid.org/0009-0000-7526-3866)



*México profundo:
una civilización negada*
Guillermo Bonfil Batalla

ISBN 978-6071665997

2019

Fondo de Cultura Económica

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán - México

alberto_loprod@outlook.com

Licencia Creative Commons Reconocimiento - NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CCBY-NC-SA 4.0)



ALBORES
REVISTA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

VOL. 4 NÚM. 6
ENERO - JUNIO
ISSN 2954-3878

RESEÑAS

157

El libro de Guillermo Bonfil Batalla *México profundo: una civilización negada*, editado por Grijalbo y publicado en 1987, plantea, a través de un cúmulo de experiencias, un adentramiento a los cimientos de la cultura mexicana en atención a la estratificación de la sociedad como elemento inherente de la construcción del país. Además, la obra resulta ser una crítica social referente a la marginación histórica de los pueblos originarios en México, permeando una postura conciliadora entre el México imaginario y el México profundo.

En cuanto a la estructura, se encuentra estratificada en tres partes: “La civilización negada” (primera parte), misma que se desarrolla en tres capítulos. “Cómo llegamos a donde estamos” (segunda parte), la cual se desglosa en cinco capítulos y, “Proyecto nacional y proyecto civilizatorio” (tercera parte), desmenuzada a través de dos capítulos.

PRIMERA PARTE

El capítulo primero nos ofrece una cronología de los antecedentes en la conformación de México, desde el periodo del Preclásico, cuando de la agricultura nació la civilización mesoamericana y sucedió la domesticación de vegetales como el maíz. La cultura Olmeca fue la pieza angular de la cultura mesoamericana, ya que de ella surgieron los totonacas, los zapotecos y los mayas. En los valles centrales comenzó el uso de canales y terrazas, así como la fabricación de cerámica y las primeras inscripciones y esculturas.

El libro detalla que durante el periodo Clásico en Teotihuacán se desarrolló una producción agrícola sofisticada en la que se mantuvieron lazos comerciales con diversos grupos y se recibía tributo de pueblos oprimidos. La cultura teotihuacana poseía sistemas para el desarrollo agrícola como lo eran las chinampas; mientras que la zona de Aridoamérica era inestable y fluctuante debido a la situación climática. Esto llevó a los nativos de la zona a migrar a Mesoamérica.

A partir de la colonización, lo que actualmente es México fue percibido como un territorio que se debía descubrir, como un cúmulo de enigmas, pero esas culturas, que no contaban con influencias del exterior, nacieron de la propia experiencia con la tierra, en el entendido de que las transformaciones no se dieron únicamente por la invasión europea, como si existiera un vacío cultural; sino por la misma reacción de las personas que ya tenían una herencia cultural en el lugar. Antes de ser el país actual, este territorio fue una civilización y nosotros somos, de alguna manera, su continuación.

Para Bonfil, la manera en que los mexicanos recurrimos a elementos de Mesoamérica no surge de la supervivencia, más bien se desprende de un conocimiento resultado de experiencias acumuladas por siglos que nos hacen entender el mundo y la naturaleza con base en valores arraigados. Los conceptos provenientes de estos lenguajes se han aferrado a permanecer ante el paso del tiempo y pese al intento de erradicarlos con políticas de evangelización o la imposición de nombres en un supuesto intento de facilitar la pronunciación, como el caso de la palabra Cuernavaca por Cuauhnáhuac.

Bonfil presenta lo que él denomina proceso de desindianización. Dicho proceso no es de tipo biológico, sino cultural y social, donde a un grupo de personas, con una identidad propia, a quienes se les obligó a renunciar a ella y a adoptar una cultura impuesta. Pese a esto, los grupos donde se aplicó la desindianización tienen más similitudes con su pasado indígena que diferencias.

En el capítulo segundo, Bonfil manifiesta que la población mexicana dista de ser conocedora del universo de conceptos de las personas indígenas y plantea una cosificación desde la idea del “nuestros”. Estos pueblos transitaron de ser despojados de recursos, de vivir la imposición de elementos externos y de ser desplazados a la vida rural, a constituirse en aquel grupo que forma parte del “nosotros”, pero que al mismo tiempo son diferentes al resto de la sociedad.

Los indígenas suelen vivir alejados de las grandes ciudades, ya que fueron desplazados del México útil y su fuente mayoritaria de ingresos es la agricultura. No sólo el conocimiento empírico los define, sino también sus ritos o prácticas espirituales; poseen una concepción sobre la naturaleza y el hombre en el cosmos, visualizan la realización del ser humano en conexión con el medio ambiente y entienden que la explotación de los recursos los llevará a sobrevivir. A diferencia de la organización social convencional, donde se requiere un mayor grado de especialización en determinado oficio, en el caso de los pueblos originarios se acostumbra que sean conocedores de todas las áreas de su organización, pues parten de la cooperación y solidaridad en la comunidad. En cuanto a la posesión, la cultura occidental va de la mano con la enajenación para la explotación, en tanto los pueblos indígenas no visualizan la naturaleza como una mercancía, sino como una herencia cultural, un ente vivo que reacciona. Dentro de la organización social de los pueblos indígenas existe una jerarquía en los cargos, donde se debe ocupar primero los lugares inferiores para aspirar al eslabón más alto. Es decir, aquellos que están en los cargos más importantes llegaron ahí debido a que gozan de una experiencia en todas las áreas.

En lo que respecta al capítulo tercero, se aborda la problemática del crecimiento de las grandes ciudades, así como el aumento de los costos que generó el desplazamiento de comunidades desfavorecidas, un fenómeno que hoy entenderíamos como gentrificación. La ciudad fue concebida para el conquistador, mientras que el campo para el conquistado, una conversión que quedaría como urbano-español e indio-rural. Existieron disposiciones que prohibían que indígenas vivieran en zonas de colonizadores o que tuvieran espacios exclusivos destinados para ellos y sus funciones. A pesar de que, con el pasar de los siglos, el indígena siempre ha tenido presencia en las urbes, siempre la tenido como marginado.

La Ciudad de México y otros asentamientos se destinaron a europeos. Aun así, la presencia de barrios indios en las periferias ha sido constante. De lo anterior nace la concepción de los indígenas como los que venden en los mercados, los que trabajan en los empleos peor pagados, los que están en las cárceles y como los pretenciosos, ya sea por aquellos que imitan de manera grotesca la vida cosmopolita o aquellos que dejan en evidencia cualquier rasgo de su origen indígena.

SEGUNDA PARTE

En razón del capítulo primero, se retoman los contenidos valóricos sustraídos de la Revolución Mexicana de 1910, en donde se enaltecíó ideológicamente todo lo referente a lo indígena, se plagó de murales y arte con presencia indígena, y en donde se adoptó el término *la raza de bronce*, a pesar de que esta cultura se visualizaba como una que yacía muerta y se veía más bien como la semilla de lo que es México ahora. Antes de la Conquista, pese a la fuerte dominación de los mexicas en este territorio, no existía una concepción de pueblo dominado o inferior, solamente eran identificados con sus diversas particularidades. Tras la colonización, se distinguió tajantemente a la población en dos grupos: colonizadores y colonizados, lo que se conoció como dos repúblicas, la de indios y la de los españoles. Hasta entonces no existía el término indio, pues al inicio no se le concebía solamente como inferior, sino también como producto del mal; por lo tanto, comenzó el adoctrinamiento imponiendo santos en deidades, como Santo Tomás en Quetzalcóatl. Así, al idólatra se le castigaba por ser producto del demonio, al sometido se le debía proteger por medio del paternalismo, como un siervo miserable.

Durante el capítulo segundo se describe la Conquista como un proceso sumamente violento. Bonfil lo considera un genocidio, así como la catástrofe demográfica más brutal de la historia: de más de 20 millones, en unos pocos años el centro de México pasó a tener un millón de personas. La presencia de los extranjeros trajo consigo epidemias, que disminuyeron considerablemente la población, las nuevas condiciones de vida y el trabajo de los colonizadores llevaron a los indígenas a la pobreza y a la muerte.

En el capítulo tercero, Bonfil plasmó que la primera conquista se realizó de manera espiritual. Los misioneros veían a los indios con propiedad y planeaban crear una élite india cristiana por medio de la educación; además, se les imponía tributos para la construcción de templos y conventos. El sincretismo religioso jugó un papel importante, por ejemplo, la historia de la virgen de Guadalupe se difundió masivamente en la Nueva España hasta 1648, ya que se seguía la tradición de veneración de la deidad Tonantzin en el Tepeyac; y la supuesta aparición de la virgen en ese territorio legitimó a los criollos en su poder, incluso frente a Europa. A mediados del siglo XIX se prohíben pulquerías en las ciudades, así como el uso de calzón de manta, pues, aunque era la imagen que se buscaba proyectar, el México imaginario moderno sólo habitaba en algunos rincones del país. De esta manera, la identidad criolla desaparece y se da un antihispanismo.

Respecto al capítulo cuarto, se enfatiza que durante la Revolución se fusionaron el México imaginario y el México profundo, cada uno con base en sus propios objetivos. Pese a que los combatientes fueron en su mayoría indios y desindianizados, durante la revolución se pensó en una sociedad homogénea, un país mestizo donde todos se anexaran a ese arquetipo. No se pretendía continuar el México profundo, sino uno mestizo; no plural ni indio. El único proyecto que hubiera permitido la alternancia, y que no triunfó, fue el de Zapata, donde se abogaba por el control cultural de las comunidades oprimidas.

Sobre el capítulo quinto, se hace hincapié en las políticas indigenistas que se llevaron a cabo después de la Revolución hasta la década de los setenta, donde se planteaba que había que

indianizarse para presentarles nuestra civilización a los pueblos originarios, ya que, inmersos en su grupo, se les explicaría la sociedad occidental y se les expondría como una opción amigable. Se concibió esta idea como progreso, y se produjeron materiales didácticos en su lenguaje para el fomento de la educación, pero no el de su cultura, más bien, era un proceso que buscaba paulatinamente educarlos a la forma occidental para, poco a poco, desindianizarlos e incorporarlos al modelo correcto de ciudadanía. La nueva sociedad no permitió particularismos culturales exclusivos, el único camino era el de un México homogéneo y no plural. Sin embargo, el proyecto de acción indigenista fracasó y, hasta la década de los setenta, se comenzó a hablar de pluralismo étnico, pero no se concretó como tal.

TERCERA PARTE

Finalmente, con las aportaciones de la tercera parte, se entiende que en el México donde se situaba Bonfil, en la década de los ochenta, con un país de 80 millones de personas, ya existía una sociedad plural con una diversidad impresionante. Sin embargo, el autor no percibía esto como negativo, sino que pensaba que el problema venía de la estructura asimétrica que subyacía de dicha pluralidad y que había surgido durante la colonia, donde se desfavorecía a ciertos grupos de la sociedad.

La Revolución nació en el campo, pero el resultado a futuro fue una nación globalizada e industrial, con ciudades creciendo sin control, donde el país bonito es sólo donde habitan personas blancas en zonas exclusivas, aunque, en el fondo, en el territorio existan la desigualdad social y la marginación. Realmente el país posee el talento, los conocimientos heredados de la cultura mesoamericana, los recursos naturales, la organización colaborativa y las personas para hacer de México una nación próspera. Entonces, es necesario construir un futuro para el Estado en común con el México profundo y no contra él, en favor de la coexistencia en armonía de un conjunto de sociedades con su propia cultura.

La obra de Bonfil nos sitúa en el problema de la cultura nacional en México, en razón de que no se puede explicar al país con base en una sola cultura y que, entre la cultura que proviene de Mesoamérica y el grupo privilegiado no existe fusión, sino oposición. Así, los proyectos a lo largo de la historia del país, ostentados por el grupo privilegiado, no han dado espacio para el origen mesoamericano, en cambio, la vertiente indígena se ha percibido como un obstáculo que impide llegar a la única meta correcta. No obstante, al final queda claro que los planes no deberían atender a una civilización común, sino a proyectos que contemplen las diferentes formas de concebir el mundo.

REFERENCIAS

Bonfil, G. (2019). *México profundo: una civilización negada*. Fondo de Cultura Económica.